

■ TRIBUNA ABIERTA

# Reivindicación de la vejez

JUAN SAN MARTIN

En próximas fechas el Ararteko dará cuenta al Parlamento vasco de la memoria de sus actividades en 1992. Como viene siendo habitual, se incluirá en la misma un informe monográfico, por actuación de oficio, referido en esta ocasión a las condiciones en que se hallan las residencias de ancianos de nuestra comunidad autónoma. Tiempo habrá para hablar del tema. Si lo saco a colación en el presente artículo, no es sólo para destacar el interés que suscitan en la institución los problemas de un sector muy significativo de nuestra sociedad. Deseo también aprovecharlo como motivo para reivindicar la vejez.

Obsérvese que digo *vejez* y no *tercera edad*, que es la manera vergonzante de referirnos a algo que nos resulta molesto y de lo que no deseamos hablar si no es con eufemismos; un concepto paternalista que relega a las personas mayores a la simple condición de seres permanentemente asistidos y a los que, fuera de la esfera asistencial, no hay que tenerlos demasiado en cuenta. Ser viejo, se piensa, es una desgracia que tarde o temprano nos toca a todos.

Por el contrario, pienso que ser viejo no tiene por qué ser una desgracia. Se trata de un estadio de la vida con igual número de ventajas e inconvenientes que cualquier otro. No voy a hablar sobre estos últimos, porque son ya sobradamente conocidos y aireados. Ni tampoco deseo referirme a los ancianos como a personas permanentemente desvalidas, según esa consideración tan extendida en la actualidad. Soy de la opinión de que las personas mayores tienen mucho que aportar; y que su vida activa no tiene por qué acabar con su jubilación laboral y con su apartamiento del proceso productivo tal como hoy lo concebimos y conocemos. Su experiencia humana, además de la estrictamente profesional, es un factor de enriquecimiento del que ninguna sociedad puede prescindir.

Dicho así, puede parecer un tópico con el que genéricamente mostraremos nues-

tro acuerdo teórico, que encubre el hecho de que la realidad camina por otro lado. Se nos ha instalado la idea de que el mundo es exclusivamente de los jóvenes y debe estar hecho a la medida de sus intereses y de sus concepciones de la vida. En una palabra, se exalta el papel de la juventud, como portadora de lo nuevo, y se minimiza el caudal de sabiduría que pueden incorporar las personas de edad. Y, con la sabiduría, las posibilidades de renovación en todos los órdenes. No estoy hablando de abstracciones, sino de realidades constatables.

*Ser viejo no tiene por qué ser una desgracia. Es un estadio de la vida con igual número de ventajas e inconvenientes que cualquier otro*

Frente a esa imagen simplista del anciano que tiende a desvariar (como si el problema se presentara sólo en ese sector de población), tenemos la realidad del mundo de la intelectualidad repleto de personas que han sobrepasado los setenta años y que, con gran frecuencia, siguen marcando pautas en el mundo de las ideas, de la literatura, del arte, de las ciencias y de las técnicas. Me refiero a gente como Menéndez Pidal en el terreno del pensamiento y de la historia, Antonio Gómez Moreno en el campo de la arqueología, así como Gonzalo Torrente Ballester en el de la literatura; y tantos y tantos otros que son conocidos y reseñados con admiración en las páginas culturales de los periódicos.

Por no mencionar el hecho de que muy a menudo es en la vejez cuando se llevan a cabo las grandes tareas intelectuales. Basta recordar que Cervantes escribió la segunda parte de su Quijote no ya en plena ancianidad, sino incluso a las mismas puertas de la muerte. Como es conocido por todos, Shakespeare realizó toda su

obra ya en edad madura. Y, volviendo a la actualidad, no me quiero olvidar de Justo Gárate, un gran amigo mío, cuya edad avanzada no le ha impedido, todavía hoy, dedicarse a las más variadas labores científicas e intelectuales, que le valieron en su día la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica.

Se podrá objetar quizá que estoy hablando de casos excesivamente excepcionales para ser representativos. Yo prefiero pensar que la capacidad intelectual que reflejan estos ejemplos se halla al alcance de cualquiera, aunque, lógicamente, los niveles intelectuales de partida sean más modestos. Si me preguntaran qué es lo que tienen en común, respondería que el entusiasmo; porque he mencionado a personas a las que el entusiasmo vital no les ha abandonado. Eso es precisamente lo que hay que fomentar si deseamos que la vejez sea algo dignificado y no un simple problema sociológico. Por supuesto, hay que atender el problema cuando se presente. Pero hay que ir también mucho más allá.

Una vez más, nos encontramos con ese criterio humanista de tiempos pasados (recordemos el término latino *senectus* con todas sus implicaciones), por el que los ancianos eran tenidos en consideración, y su opinión altamente valorada. Es importante señalar que todo lo anterior necesita del apoyo de toda la sociedad, y especialmente de los poderes del Estado, para que se eduque a la juventud pensando en esa etapa, añadiendo al oficio técnico actividades relacionadas con el intelecto. Por supuesto, no estoy proponiendo el retorno a sistemas patriarcales ampliamente superados por la marcha de la historia, pero sí a ese espíritu que sabía asimilar todo lo que de positivo había en la experiencia de nuestros mayores. Por consiguiente, no se propone que los viejos dominen la sociedad, sino orientar a la misma hacia una mejor calidad de la vejez.

■ Juan San Martín es el Ararteko.

# Absurdos

ANDRES ABERASTURI

Parece ser que la Audiencia Nacional va a ordenar la retirada de la famosa y polémica campaña del *póntelo, pónseto* sobre el uso de preservativos, que fue denunciada por la Concapa, la más importante asociación católica de familias. La historia de esta polémica que aún no ha terminado, ya que la Administración piensa recurrir al Supremo, es un poco kafkiana, no tiene ni pies ni cabeza y nada tiene que ver con nada. La Administración produce la campaña de uso del preservativo con dos fines: evitar en la medida de lo posible embarazos no deseados en adolescentes y promover el preservativo como método más eficaz para disminuir las enfermedades sexuales y muy especialmente el sida. La Concapa monta en cólera y hace una contracampaña asegurando que lo que esta publicidad provoca es el aumento de relaciones sexuales entre jóvenes, a la que se opone. Y presenta la correspondiente denuncia. La campaña se hace así especialmente popular. Y termina. Dos años después la justicia se dispone a fallar ordenando que se retire algo ya retirado. La Concapa feliz por haber ganado una batalla que ya no existe, y la Administración dispuesta a recurrir la sentencia.

La Concapa no ha ganado nada, porque sus quejas nada tenían que ver con lo que, al parecer, va a ser la sentencia; una sentencia que, además resulta considerablemente absurda, ya que se basa en que la publicidad es engañosa porque el uso de los preservativos no garantiza completamente el no embarazo o el no contagio de enfermedades. Es decir, no juzgan lo que la Concapa quería, sino la verdad o mentira de la información que se daba en la publicidad. Y es absurda porque, si bien es cierto que la OMS ha dicho que no en todos los casos todos los preservativos son eficaces, lo cierto es que hoy por hoy, desgraciadamente, son el único sistema que garantiza el porcentaje más alto de seguridad en las relaciones sexuales. Según esa sentencia no se podría anunciar prácticamente nada ya que a mucha gente la Aspirina no le quita el dolor de cabeza, con el Desenfriol no se dice siempre adiós al resfriado y hasta Evax se mueve y hay quien la nota. Me temo que el fallo de la Audiencia lo único que va a hacer es aumentar la confusión que sobre el tema ya existe.

## La niña y el profesor

La historia de la niña y el profesor ha pasado de ser un problema familiar a ser la comidilla de todas las tertulias. La mayoría de los comentarios se dan en grupos en los que todos están de acuerdo y ahí se ve el gusto de la gente por el morbo (si están de acuerdo, ¿qué hacen más que escuchar una y otra vez sus mismas ideas?). Esa idea común es la de poner a parir al *degenerado* profesor. O si no a la *inmadura* niña. Y todo ello sin conocer a ninguno de los implicados. Nadie sabe si el profesor es un portento mental que sabe muy bien lo que hace o si la niña tiene una personalidad bastante más desarrollada que las chicas de su edad. Sin embargo, todos opinan con una seguridad absoluta e, incluso, agresiva. Hablar y sentar cátedra es lo más sencillo en nuestra sociedad. Una sociedad que, por lo visto, no acepta que el amor de dos seres humanos choque frontalmente con sus leyes. Unas leyes escritas por los más prestigiosos y experimentados juristas. Unas leyes perfectas, justas y estrictas que hay que cumplir a rajatabla. Pero unas leyes que han ido directas hacia un aspecto tan morboso como el de si la muchacha seguía siendo o no virgen. La gente no ve

# Cartas al director

el amor en este asunto sino el sexo. El amor no importa lo más mínimo. La sociedad por entero, con los columnistas a la cabeza, ha pasado por alto tan fundamental aspecto. Simplemente están a gusto juntos y ya está. Pero eso no lo entiende nadie.  
Ricardo Perdoles  
(Getxo, Vizcaya)

**Irreverencia**  
Algunas agencias publicitarias, lo mismo que ciertos medios de comunicación de masas, están perdiendo el norte del buen gusto, las buenas maneras y el respeto a todo lo divino y humano, en cuya transgresión podemos incluir a quienes consienten, miran, leen y aceptan tales mensajes sin reac-

cionar en contra de ellos seriamente.

Un ejemplo de propaganda irreverente con nuestras creencias religiosas cristianas pueden ser esos carteles callejeros y, sobre todo, ese spot televisivo con un sacerdote, revestido con los ornamentos sagrados, que da gracias a Dios por disponer de pastillas para la tos de una marca, la cual ha consentido esta frívola y casi impía propaganda, usando el nombre de Dios en vano, al cual, ciertamente, debemos dar gracias por muchas cosas, pero no por favorecer los intereses económicos de un fabricante de pastillas. A Dios lo que es de Dios y al César, ¡pastillas para la tos!... Sólo faltaba que algún clérigo desenfadado tomara ejemplo e incluyera cuñas publicitarias en sus homilias a fin de mejorar los ingresos de la parroquia.  
José María G. Aguirre  
(Bilbao)

### Antimilitarismo

Allí donde la insumisión pone el ojo, se alza un dedo tratando de arañar el fondo de su retina. Eso duele.

En el filo de la uña, dolorosas, veo de nuevo imágenes que cortan mi respiración. Veo, en la mañana

del pasado 20-2-93, caras conocidas; caras alegres y preocupadas a la vez, planteando una pregunta: ¿Cómo vais a juzgar nuestras conciencias? Somos 3.500. ¡Todos o ninguno! La respuesta es una frase gris: *«Tenemos orden de dar leña»*. Contundente. *«Pues nos vamos, ahí os quedáis»*.

Las imágenes se proyectan desde entonces aceleradas en mi memoria. Son ellos por la espalda. Golpes, gritos, carreras; 300 personas en una encerrona armadas tan sólo de valor, esgrimiendo sus manos vacías en alto contra la violencia. Es igual, ellos no paran y ya no hay donde huir.

Me escuece leer en *El Correo*, bajo una de estas imágenes, el siguiente texto: *Un momento de los enfrentamientos entre policía e insumisos*. Cuando asisto a la realidad, espero que las palabras públicas dibujen con exquisitez los hechos. Hablar de enfrentamientos es entonces criminalización. Pero quizá tengan razón; sí, si hubo enfrentamiento. Primero el de la razón del antimilitarismo expresándose pacíficamente ante el Estado. Más tarde, la única respuesta que nos han sabido dar. Esa es vuestra foto.

Ignacio Fernández Téllez  
(Bilbao)

(Continúa en la página siguiente)

## ■ CHUMY CHUMEZ

